Eri Hotta

Japón 1941

El camino a la infamia: Pearl Harbor

Galaxia Gutenberg

Eri Hotta

Japón 1941

El camino a la infamia: Pearl Harbor

Traducción de
Belén Urrutia

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Japan 1941*
Traducción del inglés: Belén Urrutia

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero 2015

© Eri Hotta, 2014
Esta traducción ha sido publicada por acuerdo con Alfred A. Knopf,
sello editorial de The Knopf Doubleday Group, una divisón de Random House, LLC
© de la traducción: Belén Urrutia Domínguez
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B 26108- 2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-23-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para JLH

Existe una marea en los asuntos humanos que, tomada en pleamar, conduce a la fortuna; pero, omitida, todo el viaje de la vida transcurre entre escollos y desgracias. En la pleamar flotamos ahora, y debemos aprovechar la corriente cuando es favorable o fracasar en nuestra empresa.

SHAKESPEARE, *Julio César*

Índice

Nota sobre los nombres, traducciones y fuentes. 13
Mapa de Asia y el Pacífico en 1941 14
Los principales actores 17
Acontecimientos destacados de la historia
japonesa anteriores a abril de 1941. 19
La cúpula militar japonesa en 1941 25

Prólogo. Hasta qué punto puede un día ser decisivo 27
Capítulo 1. Rumores de guerra 49
Capítulo 2. El regreso de Don Quijote. 89
Capítulo 3. El comienzo de todo 109
Capítulo 4. Los dilemas de los soldados. 123
Capítulo 5. Buen viaje, amigos 145
Capítulo 6. El problema norte-sur de Japón. 157
Capítulo 7. Una discreta crisis en julio. 177
Capítulo 8. «Nos encontramos en Juneau» 193
Capítulo 9. Una guerra inevitable que no se podía ganar 209
Capítulo 10. La última oportunidad 225
Capítulo 11. Un soldado llega al poder 255
Capítulo 12. Atrasar el reloj 271
Capítulo 13. Al borde del abismo 283
Capítulo 14. «Entre amigos nunca está dicha
la última palabra» 297
Capítulo 15. La Nota de Hull 317
Capítulo 16. Saltar desde la elevada plataforma. 325
Epílogo. El nuevo comienzo 337

Agradecimientos 353
Notas 355
Índice analítico 377

Nota sobre los nombres, traducciones y fuentes

Todas las fuentes japonesas citadas en este libro están publicadas en Tokio.

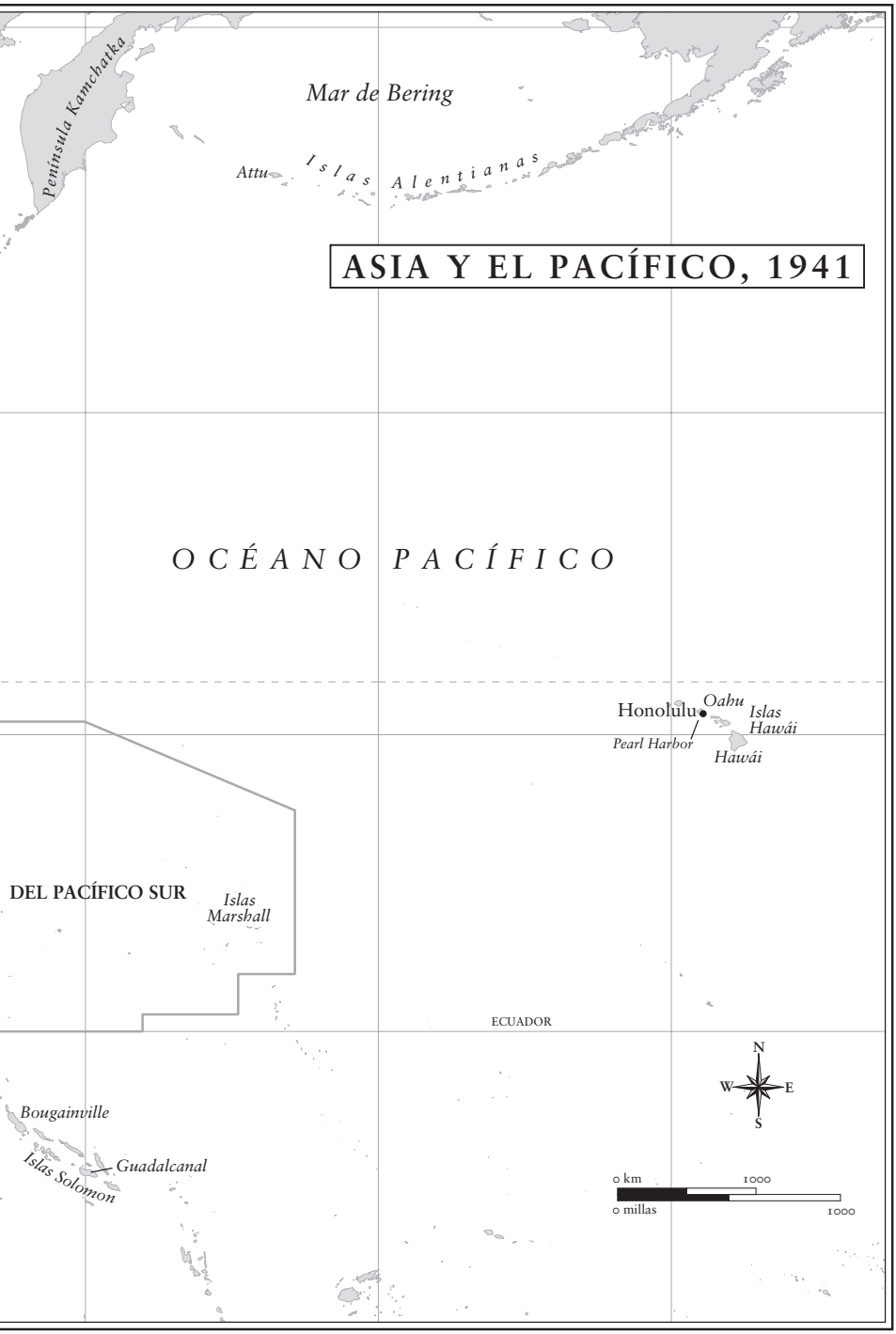
Si no se indica otra cosa en las notas, la traducción de las fuentes japonesas es mía.

He mantenido la grafía tradicional Konoye, en vez de Konoe, en las citas contemporáneas. En los demás casos, para la transliteración de los nombres y palabras japonesas he utilizado el sistema Hepburn simplificado, sin macrones para indicar las vocales largas.

En todo el libro he respetado la convención de poner primero el apellido de los hombres y mujeres japoneses (por ejemplo, Tojo Hideki, en vez de Hideki Tojo). Únicamente no mantengo esta convención cuando cito fuentes inglesas y en los agradecimientos.

Para los nombres chinos he utilizado el sistema estándar de transliteración pinyin, aunque con algunas excepciones. Para los nombres históricos chinos muy conocidos, como Sun Yat-Sen (Sun Zhongshan), Chiang Kai-shek (Jiang Jieshi) y Manchukúo (Manzhouguo), he conservado la grafía de la literatura inglesa de la época.

UNIÓN SOVIÉTICA
Lago Baikal
Irkutsk
Ulan Bator
MONGOLIA EXTERIOR
Nomonhan
MANCHUKÚO
Xingjing
Jabarovsk
KARAFUTO (SAJALÍN MERIDIONAL)
Islas Kuriles
Vladivostok
Mukden
Bahía de Hitokappu
Beijing
Dalian
Mar de Japón
COREA
JAPÓN
Tokio
Osaka
CHINA
Nanjing
Shanghái
Hankou
Chongqing
Islas Ogasawara
Okinawa
Iwo Jima
Guilin
TAIWÁN
BIRMANIA
Hanoi
Hong Kong
Hainan
Islas Marianas Septentrionales
Saipan
Tinian
Guam
Rangoon
Bangkok
TAILANDIA
INDOCHINA FRANCESA
Manila
FILIPINAS
Leyte
Saigón
Yap
MANDATO JAPONÉS
Palau
Truk
Islas Carolinas
Kotabaru
MALASIA BRITÁNICA
SINGAPUR
Sumatra
Borneo
Celebes
Bismarck Archipiélago
Rabaul
Palembang
INDIAS ORIENTALES HOLANDESAS
Batavia
Nueva Guinea
Bandung
Java
Puerto Moresby
OCÉANO ÍNDICO
AUSTRALIA


Península Kamchatka
Mar de Bering
Attu
Islas Aleutianas
ASIA Y EL PACÍFICO, 1941
OCÉANO PACÍFICO
Honolulu
Oahu
Islas Hawái
Pearl Harbor
Hawái
DEL PACÍFICO SUR
Islas Marshall
ECUADOR
N
W
E
S
Bougainville
Islas Solomon
Guadalcanal
0 km
1000
0 millas
1000

PRÓLOGO

Hasta qué punto puede un día ser decisivo

En las primeras horas de la mañana de un frío día, el 8 de diciembre de 1941, los japoneses se enteraron de una noticia asombrosa. Poco después de las siete se anunció que Japón «estaba en guerra con Estados Unidos y Gran Bretaña en el Pacífico occidental desde antes del amanecer». Aunque no se daban detalles, para entonces la base naval estadounidense de Pearl Harbor en Oahu ya había sido bombardeada –la primera oleada de aviones había salido a la 1.30 hora japonesa, y a las 5.30 la operación había concluido. Cuando se difundió la noticia del ataque a las 11.30 el país estaba electrizado. No tardó en ser seguida por la declaración de guerra formal de Japón a los Aliados y el informe de sus otros éxitos militares en la Malasia Británica y en Hong Kong. (La operación en Malasia realmente precedió en casi dos horas a la ofensiva del Pacífico.) Durante todo el día, la emisora pública, NHK, emitió doce boletines de noticias especiales, además de los seis habituales, a los millones de japoneses que se mantenían atentos a sus radios.

En el que, debido a la diferencia horaria, había sido 7 de diciembre en Hawái, la división aérea de la Armada Imperial japonesa había hundido o dejado inutilizados numerosos barcos, aviones e instalaciones militares. Unas 2.400 personas murieron durante el bombardeo o poco después a causa de las heridas. El devastador ataque se llevó a cabo sin una ruptura formal de las relaciones diplomáticas por parte de Japón, y mucho menos una declaración de guerra, lo que constituye un infame y gravoso legado para el país. Pero esos pormenores tácticos no le interesaban al común de los ciudadanos japoneses aquel 8 de diciembre. La reacción pública inmediata fue de júbilo.

Cuando Japón envió sus aviones a atacar Pearl Harbor, se encontraba sumido en incertidumbres económicas y políticas. A medida que el Estado asumía un control cada vez mayor de la vida pública se fue apoderando de la gente una sensación de indefensión. Desde el

comienzo de la guerra con China a mediados de 1937, se había hecho creer a la población en la inminencia de una victoria rápida y decisiva. Sin embargo, pese a todos los anuncios de victorias japonesas en China, Chiang Kai-shek, el líder del Guomindang (o Kuomintang, frecuentemente denominado Partido Nacionalista), no estaba dispuesto a rendirse. De forma parecida a lo que le ocurrió al Ejército de Napoleón en Rusia, las fuerzas japonesas se habían adentrado en un territorio desconocido e inhóspito demasiado profundamente como para poder operar con eficacia. Pese a que los medios de comunicación japoneses mantuvieron su tono patriotero, en privado la gente empezaba a preguntarse por qué la guerra no había terminado aún. Aunque desconocían en qué situación se encontraba realmente la diplomacia japonesa, les habían dicho que Nomura Kichisaburo, almirante de la Armada y exministro de Asuntos Exteriores, había sido enviado a Washington D. C. a principios de 1941 para negociar una salida pacífica al aislamiento internacional de Japón. Pero las buenas noticias no llegaban y su ausencia inquietaba a la población. Muchas personas sabían que Estados Unidos no veía con buenos ojos algunas iniciativas japonesas recientes –como aliarse con la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, y la sucesiva ocupación del norte y del sur de la Indochina francesa– y que, si no se alcanzaba pronto un acuerdo diplomático, parecía decidido a castigar a Japón con sanciones económicas.

Los bienes de lujo habían desaparecido rápidamente de la vida cotidiana y escaseaba la comida; en especial un alimento básico, el arroz. A medida que se prolongaba el conflicto con China, los que permanecían en el campo –los hombres más capaces estaban en el ejército y en las industrias relacionadas con la guerra– se vieron presionados crecientemente a producir más comida para las tropas. Desde el verano de 1940, incluso los restaurantes más elegantes de Tokio tuvieron que conformarse con servir arroz importado más barato –una clase de arroz más seco que algunos llamaban despectivamente «cacas de ratón»– mezclado con patatas. A partir de abril de 1941, en seis grandes zonas metropolitanas que habían disfrutado de todas las comodidades de la vida moderna, la gente sólo podía obtener arroz con cupones de racionamiento. En diciembre de 1941 este sistema se aplicaba al 99 por ciento de Japón. En un país en el que el arroz cultivado localmente ocupaba un lugar privilegiado, casi sagrado, en la dieta nacional, esto se veía como una privación escandalosa.

La vida se estaba volviendo monocromática, «de una gravedad sepulcral», como la describió un observador contemporáneo. Sofisticados hombres y mujeres que hasta hacía poco se vestían con llamativos quimonos o a la última moda occidental y frecuentaban cines y salas de baile ahora intentaban pasar lo más inadvertidos que fuera posible. El novelista Nagai Kafu (conocido como Kafu), un bohemio cronista de la vida urbana, ya entrado en años, que se sentía en casa tanto en los garitos de opio del Chinatown neoyorquino y en los cafés de Montmartre como en los barrios disolutos del viejo Tokio, deploraba esos cambios. Alto y flaco, Kafu no daba la impresión de ser muy puntilloso con su indumentaria. En realidad, la moda le interesaba mucho y la tenía muy en cuenta –un residuo de su educación burguesa–, aunque se esforzaba por no tener un aspecto demasiado impecable en sus trajes de confección europea. Pero le parecía que la reciente indiferencia japonesa hacia las apariencias había ido demasiado lejos, incluso para su heterodoxo gusto. En el otoño de 1940, a los sesenta y cuatro años, se quejaba en su diario:

> El paisaje urbano [del centro de Tokio] desmiente su prosperidad de sólo hace medio año. No hay actividad alguna y todo está en silencio. Hacia las seis de la tarde se llena de gente que regresa a casa, lo mismo que antes. Pero ¡qué ropa llevan esos hombres y mujeres! Decir que se visten discretamente es quedarse muy corto. Tienen un aspecto avejentado y anticuado. A las mujeres parece que ya no les importa su aspecto y no se molestan en maquillarse. La calle no está iluminada de noche, por lo que todos se apresuran a llegar a casa. Todas esas personas que se apretujan en los trenes, empujándose unas a otras, parecen refugiados.

Esta pérdida del *glamour* de la vida urbana reflejaba el sonoro triunfo de una campaña publicitaria –motivada por la prolongación de la campaña militar japonesa en China– para promover la austeridad en todo el país, que se inició en el verano de 1940. Por todo Tokio se colocaron 1.500 carteles con eslóganes como «El verdadero japonés no puede permitirse ceder a los caprichos» y «El lujo es el enemigo» *(Zeitaku wa Tekida)*, aunque, la inserción de una sílaba por un graffitero transformaba frecuentemente esta frase en «El lujo es maravilloso» *(Zeitaku wa Su-Tekida)*.

Voluntarias de las asociaciones patrióticas de mujeres se echaron a las calles para promover esta campaña. Estas virtuosas mujeres repren-

dían a quienes sus vigilantes ojos descubrían con el tipo de ropa vistosa al que ellas habían renunciado y les entregaban unas tarjetas en las que les pedían: «Por favor, sea recatada». Las mujeres que se habían hecho permanentes en el pelo, que se pintaban las uñas o los labios, o que llevaban anillos o gafas con montura de oro también eran objeto de censura, pues se las acusaba de preconizar un estilo de vida occidental «corrupto» e «individualista». Hubo alguna resistencia exasperada a esta especie de caza de brujas. En cierta ocasión, una mujer se puso a llorar y a gritar histéricamente: «¡No soporto esto!». Un joven se paseó por la calle maquillado, desafiando a la policía patriótica de la moda: «Miren, ¿no van a decir nada?». Pero no eran más que pequeños actos de rebeldía en el contexto más amplio de la situación.

Los grandes almacenes, en los que antes se vendía todo lo que uno pudiera desear, también fueron sometidos a una vigilancia estricta. Se les indicó que aplicaran la política de un artículo por cliente para desalentar el consumo excesivo, que se consideraba irrespetuoso con los esfuerzos generales de austeridad. En 1935 la compañía de cosméticos Shiseido empezó a ofrecer lecciones de maquillaje gratuitas a cargo de «azafatas» atractivamente arregladas en sus mostradores de los grandes almacenes. Las ventas de su loción de belleza se multiplicaron por veintitrés en dos años. Pero a medida que se prolongaba la guerra con China, los «paquetes de ayuda» sustituyeron a los cosméticos como los productos más vendidos. Estos paquetes, que contenían pequeños refrigerios, pañuelos, lápices y cuadernos, se enviaban a los soldados del frente como muestra del apoyo moral de su país.

En la noche del 31 de octubre de 1940, el día anterior a la prohibición de las salas de baile y la música de jazz (a las que también se acusaba de socavar la moral de la población y el orden público), todas las salas estaban llenas a rebosar de hombres y mujeres en una última y desesperada juerga. Abarrotaban las pistas de baile como «patatas nuevas hirviendo en la cazuela, chocando constantemente unos con otros», como lo describió el periódico metropolitano *Asahi* al día siguiente. De hecho, desde mediados de 1938 sólo se había permitido la entrada en las salas de baile a mujeres que fueran bailarinas profesionales, y el número de éstas se había reducido a la mitad, pues se las presionaba para que ingresaran en las asociaciones de mujeres, que competían entre sí por atraer a nuevas adeptas, a las que pedían que se dedicaran a trabajos más «respetables» (pero mucho menos rentables) como mecanógrafas y obreras. Pero en aquella velada, incluso después

de que las orquestas hubieran acabado tocando la canción de despedida «Auld Lang Syne», hombres y mujeres se negaron a abandonar las pistas de baile, como desafiando –también en este caso con un gesto muy, demasiado, insignificante– la llegada del largo viaje hacia la noche de Japón.

Pero el 8 de diciembre de 1941 todo cambió. La sombría atmósfera que se había apoderado del país en el último par de años de parálisis nacional se convirtió en euforia casi de forma instantánea cuando la mayoría de los japoneses celebraron el ataque. Un hombre que en aquella época iba al colegio y cuyo padre tenía una tienda de radios en Tokio recuerda su sorpresa al ver formarse una larga cola ante el comercio familiar. La gente llevaba sus radios a arreglar, pues esperaba más comunicados importantes del gobierno. Nunca vio tanta actividad en el negocio de su padre como aquel día, ni antes ni después.

Aquel día brilló por su ausencia la célebre reserva japonesa. Los extraños se felicitaban por la calle. Infinidad de personas se congregaron ante el palacio imperial, en el centro de Tokio, donde se echaron al suelo dando las gracias al emperador por su divina orientación. Por la tarde, en un tren abarrotado de gente, el cronista Kafu vio con indiferencia cómo un «individuo pronunciaba discursos con voz chillona», al parecer, incapaz de contener su excitación por la noticia del día. Este desbordamiento de la emoción contrastaba marcadamente con el artificio de las numerosas celebraciones de victorias que el gobierno había orquestado en los años anteriores a fin de suscitar apoyo a la prolongada guerra en China.

Los hombres de letras no fueron inmunes al hechizo de Pearl Harbor. Uno de los poetas más célebres del Japón del siglo xx, Saito Mokichi, que por aquellas fechas contaba cincuenta y nueve años, anotó en su diario: «¡La roja sangre de mi vejez estalla de vida!... ¡Hemos atacado Hawái!». Ito Sei, un novelista de treinta y seis años, escribió en su diario: «Gran hazaña. La táctica japonesa recuerda asombrosamente a la empleada en la guerra ruso-japonesa». De hecho, aquella guerra comenzó con el ataque sorpresa japonés a los barcos rusos en Port Arthur el 8 de febrero de 1904, dos días antes de que Japón hiciera una declaración formal de guerra. En aquella ocasión Japón fue el vencedor.

Incluso aquellos japoneses que anteriormente habían criticado el expansionismo de su país en Asia ahora estaban entusiasmados por la guerra de Japón con Occidente. En un instante, la versión oficial de

pretender liberar Asia de la intromisión occidental, que el gobierno japonés había adoptado de forma gradual en la década anterior, ganó legitimidad a sus ojos. Hasta entonces, les había atormentado la naturaleza intrínsecamente contradictoria de librar una guerra antiimperialista en pro de Asia luchando contra otros asiáticos en China. Takeuchi Yoshimi, un sinólogo de treinta y un años, decía que él y sus amigos se habían equivocado al dudar de las verdaderas intenciones de sus líderes:

> Hasta ese momento temíamos que, escudándose en el hermoso eslogan de «construir Asia oriental», Japón hubiera estado abusando de los débiles. [Pero ahora nos damos cuenta de que] nuestro Japón no tenía miedo de los poderosos, después de todo... Libremos juntos, codo con codo, esta ardua guerra.

A pesar del ambiente festivo que reinaba en el país el 8 de diciembre, seguía habiendo personas que mantenían la cabeza y el corazón fríos y en quienes la noticia de la nueva guerra suscitó recelo, si no consternación. Con frecuencia los sentimientos privados también diferían sustancialmente de las manifestaciones públicas de júbilo. Mucha gente simplemente estaba cansada de la guerra y sus restricciones en la vida cotidiana. A otras personas les angustiaba la posibilidad de que sus seres queridos tuvieran que ir a luchar.

Un niño de nueve años que vivía en una aldea arrocera setenta y dos kilómetros al noreste de Tokio se enteró del ataque a Pearl Harbor al volver del colegio. Su madre le estaba esperando a la puerta de casa. Llorando, le dijo: «Estamos en guerra». No eran lágrimas de alegría, sino de temor por las vidas de sus seis hijos mayores. Si esta guerra era como la de China, quién sabía cuánto se iba a prolongar; incluso podría arrebatarle a su hijo menor. Al muchacho le impresionó el marcado contraste entre la profunda tristeza que reinaba en su aldea y el optimismo de la voz que se escuchaba en la radio.

Los pocos japoneses que conocían bien Occidente tampoco estaban para celebraciones. Eran muy conscientes de los limitados recursos de Japón y estaban convencidos de que, al final, el país sería aniquilado. Un joven que trabajaba en la fábrica de Industrias Pesadas Mitsubishi en Nagoya recordaba haber sentido una extraña mezcla de excitación y temor al escuchar la noticia por la radio en el trabajo. Pese a sentir cierta satisfacción por el éxito del ataque a Pearl Harbor, le preocupa-

ba qué supondría para Japón a largo plazo. Su fábrica, dedicada a la producción del caza Zero, sería uno de los principales objetivos de los bombardeos estadounidenses unos años después. La mayoría de sus colegas perecieron y él apenas pudo escapar con vida.

Pero expresar tales inquietudes en medio del entusiasmo que despertó Pearl Harbor significaba arriesgarse a ser detenido por falta de patriotismo. La mayoría de los japoneses sintieron una gran oleada de entusiasmo tras las victorias en el Pacífico y el Sudeste Asiático. Al menos por el momento, pudieron olvidar la inmensidad de la tarea que les aguardaba.

Al otro lado del Pacífico, Pearl Harbor estimuló una respuesta igualmente amplia y patriótica. Con tono mesurado pero decidido, el presidente Franklin Delano Roosevelt pronunció un discurso en una sesión conjunta de las cámaras del Congreso: «Ayer, 7 de diciembre de 1941, una fecha que vivirá en la infamia, Estados Unidos de América fue atacado repentina y deliberadamente por fuerzas navales y aéreas del Imperio japonés». El gabinete de Roosevelt, dirigido por el secretario de Estado Cordell Hull, había pedido al presidente que presentara al Congreso una relación completa de las tropelías de Japón en su política internacional. Por el contrario, Roosevelt prefirió una alocución accesible de quinientas palabras, de forma que su mensaje llegara al mayor número de personas posible: el ataque japonés había sido traicionero y Estados Unidos tenía que derrotar a cualquier precio a este cobarde enemigo.

La táctica del presidente para agitar las emociones más profundas del país contra Japón tuvo éxito. La oposición aislacionista, a la que Roosevelt se había enfrentado en su voluntad de llevar a Estados Unidos al teatro europeo de la guerra, se evaporó y su petición de declaración de guerra fue aprobada de inmediato, con el único voto en contra de Jeannette Rankin, una republicana pacifista de Montana. Desde ese histórico momento Pearl Harbor quedaría inscrito en la psique estadounidense, reforzado por el potente grito de batalla que celebraba la famosa canción «Recuerda Pearl Harbor». Grabada diez días después del ataque, animaba así a los estadounidenses: «Recordemos Pearl Harbor cuando vayamos a enfrentarnos al enemigo. Recordemos Pearl Harbor, como hicimos con El Álamo... ¡Recordemos Pearl Harbor y no nos detengamos hasta la victoria!».

Antes de la agresión japonesa, a la mayoría de los estadounidenses Hawái les debió parecer un exótico país extranjero. Irónicamente, casi el cuarenta por ciento de su población estaba formado por japoneses y estadounidenses de origen japonés. De repente este singular territorio de islas en el océano Pacífico se encontró inextricablemente unido a la narración patriótica estadounidense.

El ataque a Pearl Harbor también cambió la suerte de los que ya estaban en guerra. Chiang Kai-shek se entusiasmó al oír la noticia. Según cuentan, se puso a bailar mientras escuchaba el «Ave María» (se había convertido al metodismo) en el gramófono. Para Gran Bretaña los muchos meses de lucha en solitario pertenecían por fin al pasado. Winston Churchill estaba cenando con Averell Harriman y John Gilbert Winant, enviado especial y embajador de Estados Unidos respectivamente, cuando recibió una llamada de Roosevelt para informarle del ataque. Churchill dijo que aquella noche se acostó y durmió «el sueño de los salvados y agradecidos». La declaración de guerra de Hitler a Estados Unidos cuatro días después vino a reafirmar la sensación de alivio de Churchill.

La tarde del 8 de diciembre de 1941 los cines y teatros de Japón tuvieron que suspender sus espectáculos para transmitir un discurso que el primer ministro Tojo Hideki había grabado ese día. Las películas estadounidenses –como *Caballero sin espada*, que a los japoneses les había gustado mucho en tiempos más tranquilos– fueron prohibidas oficialmente. Esa noche el público escuchó la voz de un líder que nada tenía que ver con James Stewart.

Tojo era un hombre de mediana edad, calvo y con gafas, cuyo único rasgo distintivo era el bigote. Sus dientes exageradamente salientes sólo existían en las caricaturas occidentales, pero no tenía el aspecto de un importante estadista que hubiera llevado a su país a la guerra contra un poderoso enemigo, y su voz sólo era memorable por su monotonía. Recitó el discurso «Aceptamos el Gran Mandato Imperial» con la dicción afectada de un actor de segunda fila.

> Nuestros magníficos Ejército Imperial y Armada Imperial están librando una batalla desesperada. A pesar de que el Imperio ha hecho todos los esfuerzos posibles para salvaguardar la paz, ésta ha fracasado en la región de Asia oriental. En los últimos tiempos, el gobierno ha empleado todos los

> medios a su alcance para normalizar las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Japón. Pero Estados Unidos no estaba dispuesto a ceder un ápice en sus exigencias. Todo lo contrario. Ha reforzado sus lazos con Gran Bretaña, Países Bajos y China, exigiendo concesiones unilaterales de nuestro Imperio, como la retirada completa e incondicional de las fuerzas imperiales de China, el repudio del gobierno de Nanjing [títere japonés] y la revocación del Pacto Tripartito con Alemania e Italia. Incluso ante esas exigencias, el Imperio se ha esforzado en todo momento por llegar a un arreglo pacífico. Pero Estados Unidos se ha negado a reconsiderar su posición hasta este momento. Si el Imperio cediera a todas sus exigencias, Japón no sólo perdería su prestigio y se vería imposibilitado de llevar a buen término el Incidente de China, sino que peligraría su existencia misma.

En su selectiva explicación de los acontecimientos que condujeron a Pearl Harbor, Tojo insistió en que la guerra que Japón acaba de comenzar era «defensiva». Se hacía eco así de los arraigados sentimientos de persecución, orgullo nacional herido y ansia de mayor reconocimiento de Japón, que, a falta de una definición mejor, se pueden denominar «antioccidentalismo». Fue un discurso sentimental, notable por lo que omitió.

Entre los líderes japoneses no había habido un consenso mayoritario e inequívoco para llevar a cabo acciones preventivas en el Pacífico y en Asia suroriental. Muchos de ellos se habían mostrado inseguros o ambivalentes sobre esta cuestión. Es bien sabido que Tojo dijo: «En ocasiones, uno tiene que reunir el valor necesario, cerrar los ojos y saltar desde la plataforma del Kiyomizu», y esas palabras, en las que alude a un templo budista de Tokio conocido por su mirador sobre un acantilado, con frecuencia se citan como muestra de su temerario afán aventurero. Pero incluso Tojo, vilipendiado como el dictador militar que llevó a Japón ciegamente a la guerra, mantuvo una actitud ambivalente, especialmente en los dos meses que precedieron al ataque. Durante las últimas discusiones del gobierno sobre la entrada en la guerra, Tojo fue muy consciente de las escasas probabilidades de una victoria japonesa. Por ello, en el último minuto, intentó apaciguar a los partidarios de la guerra inmediata. Cuando se convirtió en primer ministro el 18 de octubre de 1941, la primera tarea que se impuso fue tratar de revitalizar las opciones diplomáticas con Estados Unidos.

Algunos líderes estaban engañosamente esperanzados, pero *ninguno* daba por segura la victoria de Japón. El predecesor de Tojo, el prín-

cipe Konoe Fumimaro, un político civil, había sido primer ministro en distintos momentos durante casi tres de los cuatro años inmediatamente anteriores a Pearl Harbor. Sus coqueteos con un estilo de liderazgo totalitario hicieron un daño incalculable a la reputación internacional de Japón y contribuyeron a potenciar al máximo la voz de los militares en el gobierno. No obstante, al mismo tiempo, Konoe se oponía de forma inequívoca a la guerra con Occidente. Según su ayudante y yerno, Hosokawa Morisada, al escuchar la noticia de la entrada de Japón en la guerra, Konoe apenas pudo decir: «¡Es increíble! Presiento que se avecina una terrible derrota. Esto [la situación favorable para Japón] sólo va a durar dos o tres meses».

A diferencia del príncipe Konoe, el novelista Ito Sei no tenía acceso a fuentes políticas o estratégicas. Pero precisamente esa falta de información hizo que su intuición fuera correcta. El 22 de diciembre, sólo dos semanas después de que hubiera comparado alegremente Pearl Harbor con la guerra ruso-japonesa, expresaba un recelo creciente en su diario:

> Hasta ahora sólo han anunciado que un par de barcos de vapor [japoneses] sufrieron daños al atracar en Malasia y en Filipinas. ¿No ha habido más daños después de eso? ¿O es que su política consiste en no anunciar nuestras pérdidas? Me preocuparía si fuera esto último.

Con independencia de su temor sobre el desenlace de la guerra, la mayoría de los japoneses tendían a verla como una guerra de liberación, no sólo de Japón sino de toda Asia. Esto era comprensible, especialmente en el caso de los soldados. ¿Quién no preferiría creer que iba a morir por una buena causa en vez de por una injusta?

Desde luego, la llamada Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental se anunció con gran fanfarria cuando las posesiones coloniales occidentales fueron cayendo una a una ante el avance militar japonés entre finales de 1941 y principios de 1942. Casi todos los países de la esfera –incluidos Birmania (ahora Myanmar), la Malasia británica (Malasia y Singapur), las Indias Orientales holandesas (Indonesia), la Indochina francesa (Vietnam, Camboya y Laos) y Filipinas– habían formado parte de los imperios coloniales occidentales (aunque los últimos ya no eran colonias en el momento de la invasión japonesa). Así que a los ocupantes japoneses les venía bien poder decir que por fin estaban liberando a sus oprimidos hermanos y hermanas de Asia para

ayudarles a reorganizar sus sociedades en un bloque cultural, económico y político viable liderado por Japón. Pese a este barniz de misión civilizadora, la esfera estaba al servicio del imperialismo económico japonés, con objeto de reforzar el control sobre gran parte de los recursos del este y del Sudeste Asiático que Japón necesitaba para continuar la lucha. Esa necesidad se haría cada vez más acuciante con el tiempo.

La Marina Imperial no tardaría en perder su ímpetu victorioso debido a la gran derrota que sufrió en Midway en junio de 1942. La planificación táctica de esa batalla la había llevado a cabo el mismo equipo que había preparado el ataque a Pearl Harbor. Esta vez, Japón sufrió más de 3.000 bajas y perdió 289 aviones y cuatro portaaviones. Midway también reveló que los japoneses habían dejado mucho trabajo por hacer en Pearl Harbor.

El 7 de diciembre de 1941 los pilotos comandados por el vicealmirante Nagumo Chuichi cumplieron su objetivo más inmediato, que eran los ocho acorazados estadounidenses, hundiendo cuatro y causando daños en los restantes. Pero el equipo de Nagumo dejó intactos otros blancos vitales, que resultaron ser de importancia decisiva. Los depósitos de combustible y munición no fueron alcanzados por los bombardeos japoneses, como tampoco las instalaciones de reparación, lo que permitió que la mayoría de los acorazados dañados fueran reparados, o incluso mejorados, en muy poco tiempo. De los ocho acorazados alcanzados por los japoneses, sólo el *Arizona* y el *Oklahoma* no pudieron ser recuperados. Lo que es más importante, durante el ataque no había en Pearl Harbor ningún portaaviones estadounidense, lo que permitió a Estados Unidos vencer en Midway.

A partir de entonces, casi todo le fue mal a Japón. A consecuencia de la estricta censura que Ito ya había intuido en su diario en diciembre de 1941, los japoneses ignoraron durante mucho tiempo las pérdidas de su país. Pero a medida que pasaban los meses y los años, se daban cuenta de que Japón estaba perdiendo el control de la guerra, y el hambre cada vez más acuciante era prueba de ello. El sistema de racionamiento no funcionaba porque, para empezar, había demasiado poco que racionar. Se formaban colas cada vez más largas, y pronto fue imposible encontrar productos frescos como verdura y pescado. Una mujer de mediana edad, esposa de un médico, que había vivido en Estados Unidos muchos años antes de la guerra, anotó en su diario: «El racionamiento no significa que no pagas por los alimentos. Pagas por todo, pero te tratan como a un mendigo. ¡Es indignante!».

La falta de calorías se hizo evidente en el segundo y el tercer año de guerra. La dieta del racionamiento únicamente proporcionaba unas mil cuatrocientas calorías diarias. (Un varón adulto de 64 kilos necesita dos mil cuatrocientas calorías diarias.) El gobierno dijo a la población que fuera «imaginativa» para procurarse comida. Esto significaba, por ejemplo, comprar en el mercado negro, cultivar sus propias verduras o utilizar paja, serrín o cascarilla de arroz como relleno para hacer «pan».

A finales de 1944 la vida en el frente interno era aún más desesperada, y las principales ciudades de Japón –Tokio, Osaka, Kobe, Sendai, Nagoya y Yokohama– habían quedado reducidas a cenizas por los bombardeos en alfombra estadounidenses. En la madrugada del 10 de marzo de 1945, ardió gran parte de la zona antigua de Tokio en uno de los ataques aéreos más devastadores llevados a cabo por los bombarderos B-29. Kafu, alertado por los gritos de los vecinos, recogió apresuradamente su diario y sus manuscritos y escapó con su cartera. Mientras corría entre la cegadora humareda ayudó a otras personas a salvarse, pero cuando por fin llegó a una parcela vacía en una colina, tuvo el impulso irresistible de volverse para ver qué había ocurrido con la casa que había sido su hogar durante veintiséis años. Aquel edificio se había salvado portentosamente en el devastador incendio que siguió al gran terremoto de Kanto de 1923, por lo que quizá esperaba otro milagro. Se ocultó tras los árboles y los postes del telégrafo para no ser visto por un policía que estaba indicando a la gente que se alejara del peligro. Kafu logró acercarse a donde vivía pero le detuvo un humo negro. De repente surgió una llamarada y miró a lo alto, convencido de que la causa había sido el incendio de su biblioteca. Aunque sostenía que no le unían lazos fuertes con las personas, lamentó «hondamente tener que separarse de aquellos libros».

Kafu y su diario sobrevivieron. Muchos no lo lograron. Se cree que más de cien mil personas murieron sólo en una noche, aunque se desconoce la cifra exacta. Para entonces, salvo que uno estuviera completamente engañado, estaba claro que Pearl Harbor y el estimulante sentido de liberación que trajo consigo no habían sido más que el comienzo de una guerra catastrófica.

Los observadores superficiales tienden a tachar de apologista a todo el que trata de explicar el pasado ignominioso de su país al mundo exte-

rior. En las páginas siguientes debería quedar claro que justificar los actos de Japón es lo último que intento en mi relato de los ocho meses que condujeron al ataque a Pearl Harbor. Por el contrario, los líderes del país fueron los responsables de iniciar una guerra que era evitable y estaba abocada a la derrota. Habría sido necesario oponerse a la guerra con mucho más vigor y mucha más constancia.

Sin duda, resulta muy fácil adoptar un aire de superioridad moral al acusar a quienes vivieron hace muchos años. Pero eso no debe impedir una valoración crítica de cómo y por qué comenzó una guerra tan irresponsable. En todo caso, es un gran enigma histórico que todavía está por resolver. Y la distancia emocional que sólo el tiempo proporciona debería permitirnos mirar atrás, a este periodo extremadamente emotivo de la historia, con una visión más clara.

Sin embargo, la fatídica decisión japonesa está rodeada de tantas paradojas y complejidades que, por desgracia, la claridad se resiste. Es indudable que la mayoría de los líderes japoneses, por preferencias institucionales o personales, evitaron entrar en un conflicto abierto entre ellos. Su alambicado lenguaje hace especialmente difícil la interpretación de los documentos. Para la mayoría de los líderes militares, había que evitar cualquier indicio de debilidad, por lo que, incluso si albergaban serias dudas, era impensable que hablaran pública y categóricamente contra la guerra. Ésa es la razón por la que se puede ver a las mismas personas argumentando a favor y en contra de la contienda, según el momento, el lugar y la ocasión. Algunos apoyaban la guerra en una conferencia de enlace de los máximos líderes políticos y militares, por ejemplo, mientras que manifestaban su deseo de evitarla cuando hablaban en privado con otras personas. Muchos esperaban que alguien expresara sus opiniones por ellos.

La falta de actas de las reuniones también presenta una gran dificultad. El Memorándum de Sugiyama –el nombre oficial dado a las notas que conservaba Sugiyama Hajime, jefe del Estado Mayor del Ejército– nos proporciona la valiosa posibilidad de entrever lo que se debatía en las reuniones de alto nivel. Los documentos se han conservado por azar, gracias a la iniciativa de un joven oficial que, convencido de su valor histórico, no cumplió la orden de destruirlos y los guardó en un bidón de petróleo en el sótano de su casa cuando se aproximaba el final de la guerra. No obstante, esos documentos no bastan. Para empezar, no son sistemáticos. Después de cada conferencia, Sugiyama se reunía con los altos oficiales de su Estado Mayor para informarles de lo

que se había tratado y para ello recurría a su memoria y a sus notas; entonces, uno de los oficiales anotaba lo que Sugiyama decía. Por supuesto, no se registraba cada palabra y faltan descripciones que nos ayuden a imaginar la atmósfera y el estado de ánimo en la sala de reuniones, lo que refuerza la extraña impresión de que las decisiones trascendentales de Japón se tomaron en un vacío simbólico. Con frecuencia, el lenguaje pasa de ser altisonante a ser fluido, con distintos grados de formalidad, lo que hace más difícil aún determinar el verdadero tono, y mucho más los matices, de las palabras anotadas. Ni siquiera una traducción precisa e intachable logra transmitir lo que estaba en juego en aquellas conferencias.

No obstante, lo que atestiguan los documentos que se han conservado es que, después de numerosas reuniones oficiales, los altos mandatarios tomaron la decisión consciente y conjunta de entrar en guerra contra Occidente. Una vez se convencieron a sí mismos de que eran víctimas de las circunstancias en vez de agresores, descartaron otras opciones menos heroicas aunque más racionales y, pese a todas sus vacilaciones, lanzaron al país a la guerra. El discurso de Tojo del 8 de diciembre pone de manifiesto la percepción autocompasiva de que Japón estaba siendo empujado a la guerra e intimidado por implacables fuerzas externas, ya fueran éstas las sanciones económicas estadounidenses, la tergiversación deliberada por parte de Estados Unidos de las intenciones pacíficas de Japón o, más en general, la arrogancia y los prejuicios occidentales.

Por descontado, no se debe subestimar la enorme presión a la que aquellos líderes estaban sometidos en vísperas de Pearl Harbor. Les parecía que tenían que elegir entre librar una guerra temeraria o evitarla, a costa de perder todas las conquistas imperialistas que Japón había logrado a lo largo de muchos años. Soslayaban el hecho de que esa disyuntiva tan extrema era resultado de sus propios actos y decisiones recientes. A medida que cometían más desatinos diplomáticos y se comprometían en una guerra inviable, declarando que estaban más preparados que nunca, se reducían considerablemente sus opciones políticas, tanto en su país como en el mundo exterior. Era como si Tokio se hubiera deslizado hasta el extremo estrecho de un embudo. A los dirigentes les debió de parecer que la opción de la guerra proporcionaba la forma más rápida y segura de salir de aquella angustiosa situación. Que no pensaran qué ocurriría después fue una negligencia trágica.

¿Por qué no lo hicieron? Principalmente por razones que tienen que ver con el propio Japón, como mostrará este libro. No obstante, es innegable que Japón y su entorno inmediato en 1941 eran producto de las turbulentas experiencias de los años veinte y treinta, en las que el mundo sufrió una transformación significativa. Después de la Primera Guerra Mundial, que para muchos fue un choque de ambiciones imperialistas, se realizaron varios intentos de crear un nuevo tipo de orden internacional que impidiera el estallido de otra guerra devastadora. La Sociedad de Naciones, la Conferencia de Washington (1921-1922) sobre el desarme y el Pacto Briand-Kellogg (1928) que proscribían las guerras eran manifestaciones de esos esfuerzos por regular y facilitar los asuntos internacionales de forma que todos los países, grandes y pequeños, pudieran trabajar juntos por el objetivo de un mundo más pacífico. Sin embargo, muchos países se sintieron defraudados por este orden emergente, más democrático y extremadamente idealista.

Alemania, la potencia derrotada, es el ejemplo que mejor viene al caso. Su deseo de hacer realidad un sueño imperialista –conseguir la expansión territorial, la gloria, la fortaleza militar y la autosuficiencia mediante conquistas– la había llevado a iniciar la Primera Guerra Mundial, perderla y ser desarmada. Sin embargo, estaba más que dispuesta a resucitar aquellas ambiciones y percibía los acuerdos de la posguerra y los movimientos internacionalistas que habían generado como una conspiración de los vencedores para debilitarla, lo que finalmente permitió el auge del nacionalsocialismo. De 1933 a 1938, en un proceso hábilmente gradual, la Alemania de Hitler abandonó la Sociedad de Naciones, rearmó el país, ocupó Renania y se anexionó Austria. Las potencias liberales occidentales, que preferían mantener la paz a cualquier precio, sacrificaron Checoslovaquia, la única democracia viable de Europa central. Cuando se dieron cuenta de que Hitler nunca estaría satisfecho y que sus exigencias no dejarían de aumentar, ya era demasiado tarde y a mediados de 1940 la mayor parte de Europa occidental había sucumbido a la invasión nazi. Esta disuasoria experiencia tendría repercusiones en cómo percibía Occidente a Japón, aliado nazi, en 1941.

Japón había luchado en el lado vencedor en la Primera Guerra Mundial y la Sociedad de Naciones le recompensó con derechos territoriales y mandatos. Durante un tiempo muchos japoneses suscribieron con entusiasmo el principio del internacionalismo liberal, aunque algunos seguían insatisfechos. Sostenían que las llamadas potencias del

statu quo, o «pudientes», especialmente Gran Bretaña y Estados Unidos, buscaban impedir que Japón alcanzara una verdadera grandeza por racismo o egoísmo. A finales de la década de los veinte y principios de los treinta, cuando Japón afrontaba graves problemas sociales a causa de la profunda depresión económica, esa idea se hizo popular.

Por supuesto, en todas partes se estaban experimentando problemas socioeconómicos similares y la gente buscaba soluciones en ideologías diversas que iban desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, lo que dividió al mundo y a algunos países (como España y Francia). En la década de los treinta, un número considerable de japoneses sucumbió a la tentación fácil de culpar de sus males sociales a potencias extranjeras, al mismo tiempo que atribuían una significación metafísica, excesiva, al nacionalismo japonés, hinchándolo hasta el grado del ultranacionalismo. La veneración al emperador, al que se consideraba un dios vivo y el benevolente patriarca del Estado-familia japonés, desempeñó un papel central en esta intensificación del nacionalismo nipón. Muchos japoneses afirmaban que una nación incompleta alcanzaría su plenitud mediante la expansión imperialista en el exterior y la militarización interior. Y, como ocurrió en la Alemania nazi, la consecución de antiguos objetivos imperialistas –algunos de los cuales ya no eran viables– se convirtió en parte integral de la agenda ultranacionalista.

Esta clase de nacionalismo agresivo era especialmente atractiva para los oficiales jóvenes de baja y media graduación de las fuerzas armadas, pues les otorgaba un papel clave. Acusaban con vehemencia a las potencias «pudientes» de crear tras la Gran Depresión bloques comerciales que gravaban con altos aranceles las importaciones de productos japoneses y afirmaban que era una conspiración occidental. Los ultranacionalistas también veían el auge del bolchevismo en la Unión Soviética, el nacionalismo moderno chino y la afirmación de la presencia económica y militar estadounidense en el patio trasero de Japón, como amenazas para el dominio regional del país. Pero también tenían enemigos internos concretos. A los capitalistas occidentalizados dueños de conglomerados empresariales y a sus clientes de los partidos políticos, simpatizantes del liberalismo democrático, se les culpaba prácticamente de todos los males y se convirtieron en blancos de la violencia ultranacionalista, que en ocasiones llegó al asesinato. Aunque los terroristas ultranacionalistas nunca lograron hacerse con el poder en Japón, sí crearon el clima de temor que fue una de las causas de la ambigüedad de los líderes japoneses en 1941.

Muchas de las limitaciones, reales o imaginarias, que los líderes nipones afrontaron en 1941 tenían raíces históricas que se remontaban a la apertura del país a un mundo más amplio, y con frecuencia hostil, en la segunda mitad del siglo XIX. El final del autoimpuesto aislamiento de Japón, la caída del shogunato Tokugawa y la ulterior fundación del moderno Estado japonés coincidieron con un realineamiento a gran escala de las potencias mundiales. El carácter predatorio del colonialismo occidental, así como el derrumbamiento de los antiguos imperios chino, español y otomano, convenció a Japón de que el poder era el requisito fundamental para la supervivencia. Además, era la época de la aceptación acrítica del progreso lineal, el nuevo imperialismo, el darwinismo social y la supremacía blanca, que, a su vez, confirmaban una concepción racista del mundo. Como alumno modélico, Japón se esforzó por convertirse en una auténtica potencia, alimentando, educando e industrializando a su sociedad para alcanzar a Occidente, aunque los japoneses no podían, claro está, cambiar el color de su piel.

Es importante señalar que, en sus primeros años, el Japón moderno comprendió muy bien que convertirse en una gran potencia no consistía sólo en industrializarse y militarizarse. También debía actuar de acuerdo con las normas del juego y adquirir respetabilidad internacional; de ahí que fuera necesario ganarse una opinión mundial favorable. Después de la victoria sobre la China Qing en 1895, el emperador de Japón advirtió a sus súbditos que no se volvieran «arrogantes, mostrándose ufanos por el triunfo y despreciativos con los demás, lo que provocaría la pérdida del respeto por parte de las potencias extranjeras... Particularmente desaprobamos los insultos a los demás y el orgullo vano derivado del júbilo por las victorias, que podrían conducir a que los Estados amigos nos retirasen su confianza». No obstante, en los años treinta la mayoría de los japoneses ya habían olvidado deliberadamente esa modestia y humildad. Su éxito como Estado-nación moderno, unido a su resentimiento histórico por haber recibido un trato injusto por parte de Occidente, alimentaron la convicción irracional de que Japón podría superar crisis internas e internacionales con la mera fuerza de voluntad (y buena suerte, que no solía faltarle). Esa convicción acabaría llevando a Japón a conquistar Manchuria, a extender su esfera de influencia en el norte de China, a intensificar su conflicto con ésta y a buscar recursos en el Sudeste Asiático a fin de llevar dicho conflicto a una conclusión favorable, al mismo tiempo que rompía su dependencia económica del mundo exterior, dando el pri-

mero de una serie de pasos equivocados hacia la guerra en el Pacífico. La debilidad general de las colonias asiáticas, causada por la guerra de Hitler en Europa, haría doblemente tentadora para Japón esta actitud temeraria.

Los autojustificativos llamamientos de Japón a la expansión en vísperas de la guerra del Pacífico impidieron un examen preciso de sus errores políticos más recientes y una reconsideración de su imperialismo agresivo durante las décadas precedentes en China, Corea y Taiwán. Sin embargo, su convicción de que era un país destinado a la grandeza, pese a la desventaja de no contar con suficientes recursos naturales propios, se mantuvo hasta el final. Entre los políticos japoneses, la actitud predominante se caracterizaba por la confianza, sino por la arrogancia, cuando examinaban las opciones de su país en 1941.

La versión oficial japonesa de que era Occidente quien había llevado a Japón a la guerra reflejaba una mentalidad basada en una dilatada memoria histórica. En parte, explica por qué fue tan fácil convencer al público de que apoyara sin reservas una guerra suicida en diciembre de 1941. Pero, al final, los sentimientos negativos reprimidos por sí solos no explican por qué Japón se embarcó en una guerra a pesar de las genuinas reservas de sus líderes.

Uno de los principales politólogos japoneses de la posguerra, Maruyama Masao, reflexionaba sobre esta cuestión en 1949:

> Temerosos ante la posibilidad de un fracaso, [los líderes] siguieron adelante tapándose los ojos con las manos. Si preguntamos: «¿Querían la guerra?», la respuesta es sí; si preguntamos: «¿Querían evitar la guerra?», la respuesta también es sí. Al mismo tiempo que querían la guerra, trataban de evitarla; al mismo tiempo que querían evitarla, eligieron deliberadamente el camino que conducía a ella.

Resulta especialmente difícil determinar el grado de culpa cuando las responsabilidades individuales son vagas y difusas, como lo son en este caso. A diferencia de sus socios fascistas, Japón nunca fue una dictadura, aunque su política parlamentaria había dejado de existir formalmente en el otoño de 1940. Su proceso de toma de decisiones era largo y, con frecuencia, desconcertante. Se basaba en una compleja estructura y una cultura política que abarcaba distintas instituciones, incluidos el Ejército, los ministerios y el Palacio Imperial.

Sobre todo, no ayudaba el hecho de que el gobierno estuviera formalmente dividido. De acuerdo con la Constitución, los militares podían «aconsejar» al emperador sin contar con el gobierno civil, una prerrogativa a la que se solía aludir como «la independencia del mando supremo». Esto significaba que Japón podía tener dos gobiernos con políticas exteriores totalmente contradictorias. Y, para complicar más las cosas, en el seno de esos dos «gobiernos» había profundas divisiones políticas e ideológicas. El Ejército y la Armada estaban constantemente enfrentados, y cada uno estaba dividido a su vez por simpatías políticas, concepciones del mundo, camarillas y preferencias estratégicas, y sus enemigos principales eran distintos en cada caso. A la luz de tales diferencias, es sorprendente que los líderes japoneses pudieran acordar embarcarse en una guerra que ninguno sabía realmente cómo ganar.

La cultura japonesa, con su preferencia intrínseca por el consenso y la armonía –incluso si son completamente superficiales–, no podía fomentar una discusión honesta sobre el futuro del país en las distintas coyunturas cruciales que se presentaron durante 1941. La propia lengua japonesa, brillante para vencer intrincadas relaciones sociales, preservar matices y salvar la cara, no destaca por sus recursos para clarificar pensamientos o fomentar el debate abierto. No obstante, aunque esas consideraciones estructurales, culturales, sociales e incluso lingüísticas puedan ayudar a explicar lo ocurrido, no son excusa para los calamitosos errores políticos.

La mejor forma de entender la funesta decisión de Japón de ir a la guerra es verla como una gigantesca apuesta nacional. Los factores sociales hacían que para los líderes fuera más difícil resistirse a la apuesta, pero su decisión final de dar el salto fue consciente. Viendo que los europeos que luchaban contra Hitler habían dejado sus posesiones coloniales relativamente desprotegidas, algunos estrategas belicosos de los órganos de planificación militar impusieron sus propuestas agresivas y convencieron a sus superiores de que cuanto más esperaran, menos recursos les quedarían para la guerra y mejor podría prepararse Estados Unidos para lo que les parecía un choque «inevitable»: la necesidad geopolítica de determinar quién era el líder de la región pacífico-asiática. Si en cualquier caso iba a ocurrir, ¿por qué no decidir el momento? Objetivamente, era una estrategia temeraria preparar una guerra adquiriendo nuevos territorios para pertrechar y equipar esa guerra, como expresaba concisamente el antiguo prover-

bio romano *Bellum se ipsum alet* (la guerra se alimenta a sí misma). Desde luego, muchos líderes de Japón no veían el choque en el Pacífico como una inevitabilidad histórica. Algunos no renunciaron por completo a un acuerdo diplomático con Estados Unidos hasta muy tarde. Pero nadie estaba dispuesto a asumir la responsabilidad de que su país «perdiera el autobús», en una expresión popular de la época, para conseguir una ventaja estratégica.

Hay una ley según la cual cuanto menores son las probabilidades de éxito al asumir un riesgo, más dulce es la victoria. Animados por el recuerdo de las guerras que Japón había librado recientemente –ambas victoriosas (la chino-japonesa de 1894-1895 y la ruso-japonesa de 1904-1905)–, los líderes creían que siempre existía la posibilidad de que esta guerra también fuera un éxito, aunque no se detuvieron a pensar en cómo iban a lograrlo. Su actitud pudo ser de desesperación, pero también estuvo animada por una extraña euforia de jugador. Especialmente cuando se concentraban en las perspectivas a corto plazo, la euforia era aún más imprudente. En cualquier caso, con independencia del estado psicológico de los dirigentes, la guerra fue completamente temeraria. La improbable victoria de Japón dependía por completo de condiciones externas que (aparte de la determinación japonesa, por supuesto) estaban fuera de su control, tales como escenarios quiméricos en los que Estados Unidos suplicaba la paz o la Alemania nazi conquistaba Europa. De igual forma que los líderes japoneses afirmaban que los estaban empujando a la guerra, parecían pensar que, de alguna manera, les empujarían a la paz. En vísperas de Pearl Harbor, podría decirse que aquellos líderes recordaban a Hermann, el antihéroe de Pushkin en *La dama de picas,* que se prepara en secreto para obtener la máxima ganancia en un juego de cartas y pierde la razón.

La gran ironía en la decisión de Japón de ir a la guerra es que sus líderes ni siquiera habrían pensado en entrar en un juego de tal magnitud si no hubiera sido por el almirante Yamamoto Isoroku, que era fundamentalmente contrario a la guerra. Como prudente analista político, Yamamoto advirtió al Estado Mayor de la Armada en Tokio a finales de septiembre de 1941 que «no se debe librar una guerra con unas probabilidades tan pequeñas de victoria». Pero, al mismo tiempo, Yamamoto, estratega de operaciones y el comandante mejor informado, actuó como el jugador más imprudente e insistió en que se adoptara su estrategia para Pearl Harbor aunque sabía que Estados Unidos no abandonaría la lucha fácilmente.

Las personas pueden derrochar su dinero en las mesas de los casinos. Pero la apuesta nacional de Japón puso en peligro a su población y a la de los países que atacó o invadió. Explicar una decisión de esa magnitud limitándose a decir que la guerra era «inevitable» resulta completamente inadecuado. Así que, ¿quiénes y qué llevaron a Japón a atacar Pearl Harbor?